

da mi subsistencia y la de mis hijos, y si cuando quisiera ó pudiera reunirlo, no podría disponer de él, porque es la sociedad el único capitalista? ¡Feliz en qué, si hoy soy bastante feliz, y si quitándome de pensar en mañana, al quitarme la incertidumbre, me arrebatáis el bien de la esperanza!....

Señores: tal vez creeréis que exagero, porque pongo de realce, é iluminadas con fuertes colores, la vanidad de estas promesas y la ilusion de éstas insensatas esperanzas. Pero medita bien todos los proyectos de organizacion socialista y comunista, aún los de aquellos, que han querido legitimarse á los ojos de sus impugnadores, protestando contra la legitimidad de estas deducciones; y no dudeis que en el término de sus teorías encontraréis siempre estos resultados; porque ellos no están tanto en los medios que proponen, como en los fines á que aspiran.

La servidumbre no está en la cadena del esclavo, ni en el grillete del presidiario: está en la direccion forzosa que ha quitado la iniciativa á su pensamiento, y en la disciplina, que ha paralizado la espontaneidad de su accion. El retroceso está en la falta de actividad, de estímulo, de invencion y de adelanto, que suceden á la limitacion del pensamiento libre; la miseria está en la supresion de las necesidades, y en la certidumbre de la satisfaccion de los deséos. La desaparicion del capital está en que quitado á la actividad y temor individual el estímulo de acumular sobrante, tendría que hacer por cálculo la administracion, sobre la masa de los productos, una deduccion, que sería absurdamente mezquina, al lado de la que hace la actividad humana, en el régimen de libertad de sus inclinaciones. Tanto valdría aplicar el mismo sistema á la procreacion de los hijos para el aumento de

la poblacion. Está en que esta deduccion sería de todo punto irrealizable, desde que la sociedad se viera obligada á atender á todas las desgracias, á todas las contingencias, á todos los casos adversos, á todas las miserias, á todas las flaquezas, á todas las enfermedades del individuo que librara en ella su cuidado.

Sí, Señores: la esclavitud y la pobreza de todos están en el fondo de ese intento sacrilego y antiprovidencial de querer anular las condiciones físicas y morales del trabajo del hombre, intentando organizar un poder sobre la tierra, capaz de impedir la miseria, la ruina y la infelicidad.

¡Sacrilego intento, he dicho, Señores; esfuerzo impotente é insensato!.... tanto valdría querer encadenar al sol en su carrera, para que no fuera jamás de noche; ó encarrilarle en un signo del Zodiaco, para que fuera eternamente primavera!.... La libertad de la actividad humana, como la armonía de los mundos, es el gobierno de la Providencia. La libertad humana es el verdadero derecho divino!

III.

No decimos esto, Señores, como una frase sonora, como un pensamiento ya vulgar, para finalizar,— como algunos podrán creer,— una paradoja con una declamacion. Este pensamiento, al parecer hiperbólico y declamatorio, es el complemento de nuestro raciocinio, porque es la refutacion de un error de nuestros adversarios.

Ellos creen que lo que nosotros llamamos libertad, es la anarquía; que lo que llamamos concurrencia, es el

cáos; y que donde no hay prescripciones acordadas, resultados previamente calculados y sujetos á números, y reglamentos escritos en caracteres de imprenta, y sancionados con las penas humanas, ó ejecutados por los funcionarios políticos, la sociedad y el mundo tienen que girar á merced del acaso y de la aventura.

Ellos no saben que en la sociedad, como en la literatura y en las artes, sólo se pueden dictar reglas y leyes sobre lo que no debe hacerse. Pero que en el dominio de la creación artística, como de la actividad industrial, la producción humana sólo puede reconocer por leyes y por móviles aquellas fuerzas eternas, que ha conservado en sus manos el Legislador Supremo de las sociedades y de los mundos. Ellos ignoran que la libertad es un régimen; que la concurrencia es una organización. Ellos desconocen que las necesidades y las fuerzas de la sociedad humana están calculadas, reguladas y puestas en armonía, de la misma manera que las fuerzas mecánicas de los cuerpos; que la acción de los flúidos y de los gases; que las propiedades de la luz, del magnetismo y de la electricidad; que las afinidades de los elementos químicos; que la vitalidad de los seres orgánicos.

Porque han visto que los hombres se enriquecen ó se mueren de hambre, se elevan hasta la ciencia de Newton, ó hasta la habilidad de Vauban, ó de Arkwright y Jacquard; porque ven que hay Polonias, que desaparecen en la servidumbre y en la opresión, y Uniones americanas, que nacen de repente á la prosperidad y á la vida política, han llegado á figurarse que estas alternativas de los pueblos y de los individuos, eran un movimiento irregular y desordenado, como el de las arenas, que levanta un torbellino; y que escribiendo en un código ciertos artícu-

los, se fijaría el período de las revoluciones, el curso de la ascension y prosperidad de los pueblos, la existencia y la armonía de las clases, la concordia de los intereses, el antagonismo de la producción y del consumo, de la necesidad y del goce, de la pena de producir y del deleite de poseer; y se fijaría el carro de la Fortuna, y el cuerno de la Abundancia, cerrándose la caja de Pandora, y sus males, en contra de la existencia de los individuos.

Presunción satánica y orgullosa, sin duda, Señores: fuente emponzoñada de tantas instituciones calamitosas, como de tantas utopías absurdas! Tanto valdría querer sujetar á una ordenanza las facultades de nuestra inteligencia y los sentimientos de nuestro corazón: tanto valdría hacer códigos para la amistad, escuelas para el amor; establecer premios para los afectos de familia, ó constituir en obligaciones positivas el heroísmo de la virtud y la sublimidad del talento: que todo esto, — al decir de esta clase de filósofos, — está en anarquía, en desconcierto y en desequilibrio, porque está entregado á la Providencia y á la eterna lógica de sus medios.

Es verdad que no vemos el código de estas leyes; que no conocemos, ni podemos sujetar á nuestro cálculo, y sobre todo, á nuestra individual voluntad, el conjunto de este misterioso organismo. Pero ¿podemos nosotros algo sobre nuestra misma organización interior? ¿Podríamos cambiar la circulación de nuestra sangre, la respiración de nuestros labios, la visión de nuestros ojos, la fuerza de nuestros músculos, y la electricidad misteriosa de nuestros nervios?

El desempeño de estas funciones, y la concordancia de estos movimientos ¿dejará de ser un sistema admirable, y una organización indestructible, porque no nos es dado

variarle, porque no nos es dado hacer dependiente de nuestra voluntad aquello que se ha reservado á la naturaleza; ó porque, al revés, pueda hacerse involuntaria é igualmente por todos, con la misma fuerza y con igual medida, lo que Dios ha querido que necesitara el concurso de nuestro albedrío y la direccion de nuestra conciencia? ¿Será tal vez una anarquía de nuestra constitucion orgánica, y un vicio ó defecto, á que debamos poner término y norma algun dia, el dolor y la enfermedad, la desorganizacion de una entraña, la perturbacion de nuestro cerebro, la ruptura de un vaso, la parálisis de un músculo, el espanto de una muerte repentina, ó los crueles sufrimientos de una agonía prolongada?

Estas perturbaciones, Señores, estas anomalías, estos desórdenes entran en la misma organizacion: son sus consecuencias, no sus excepciones: son sus pruebas, no sus contradicciones: son la sancion misteriosa de sus leyes. Y la abolicion de estas aparentes contrariedades y anomalías sería la variacion, el trastorno, la muerte, y el caos de la obra maravillosa de la creacion.

De la misma manera que la naturaleza física, está organizada la naturaleza moral. De todos los fenómenos que constituyen la sociedad humana, ved y considerad cuán pocos quedan bajo el dominio y la accion de los reglamentos, de las ordenanzas, de las prescripciones escritas del poder social. Y sin embargo, la sociedad vive; y sin embargo, la sociedad funciona; y sin embargo, la sociedad adelanta; y sin embargo, la sociedad trabaja; y sin embargo, la sociedad progresa; y sin embargo, la sociedad se enriquece. «Y con todo eso,—decis:—la sociedad declina, la sociedad se deprava, y la sociedad perece.» ¡Ah! ¿Pensais que puede haber una organizacion inventa-

da y calculada por vosotros, para que adelante con más rapidez, para que se enriquezca más, y para que no perezca nunca? Capaces sois tambien de inventar un sistema, para que el niño sea adulto en seis meses, y para que sea robusto y potente al cabo de cien años!

En ésta parte, Señores, permitid que os diga que la más elevada y transcendental filosofía no se eleva tanto como el sentido comun y vulgar de los hombres. En ésta parte la razon y el instinto de la humanidad ven más claro que los ojos del génio.

El error de ésta clase de filósofos y de organizadores, está en desconocer hasta dónde el albedrío del hombre es impotente para comprender y dominar el conjunto de aquellas relaciones y fenómenos, cuya combinacion no ha dejado Dios á su cálculo ni á su limitacion. El error está en no comprender que la libertad del hombre, que parece el último grado del individualismo, es el primer principio de la organizacion social, y que tiene su razon de ser en el sistema general de la humanidad, que sin ella no existiría. El error está, por último, en creer que ésta libertad y ésta armonía no puedan desenvolverse y organizarse en virtud de sus propias leyes y de sus propias fuerzas, y que pueda haber un sistema y una organizacion que empiece por destruirlas ó modificarlas, apelando á fuerzas y á medios distintos ó contrarios de aquellos de que se vale la Providencia para continuar la obra sublime, cuya direccion inmediata se ha reservado, como se ha reservado la vida, como se ha reservado la perpetuidad de la especie, como se ha reservado el destino de la humanidad y la direccion del mundo, y como se ha reservado el corazon del hombre.

Tambien se ha reservado su libertad; y todos los es-

fuerzos para comprimirla ó encadenarla, serán en el órden de su accion física, como en la esfera de su responsabilidad moral, estériles luchas contra los designios de la Omnipotencia, desde el momento en que la sociedad ha llegado á la posesion de sus medios de vida, y el individuo al sentimiento de responsabilidad propia, que hoy es ley del mundo. En esta época el hombre toma resueltamente la iniciativa en la fecundacion del capital social para la produccion de la riqueza, por medio de la concurrencia; como en la plenitud de sus fuerzas es llamado por un estímulo, — espontáneo respecto á él, libre en su ejercicio respecto á la sociedad, pero dependiente de Dios y de la naturaleza, — á la multiplicacion de la especie y á la perpetuidad de la familia.

IV.

—Pero se me dirá; que "por mi confesion propia, y sobre todo por la verificacion histórica y estadística de tantos hechos, como se reproducen diariamente á nuestros ojos, la libertad del trabajo y la ilimitacion de la concurrencia ofrecen riesgos y ruinas, desastres y miserias, siempre dolorosas, y hasta tal punto, á veces, lamentables, que sin acusarnos de ese ciego y brutal fatalismo, que hace á los turcos no tomar precauciones contra la peste, ni acudir á la extincion de los incendios, es posible que dejemos de oponer á su aparicion ó á su posibilidad, el concurso de aquellos medios, que la Providencia misma ha confiado á las sociedades humanas."

Esta es ciertamente una reflexion naturalísima y ób-

via; y ésta pretension ha dado lugar, sin duda, á una de las cuestiones más árduas y difíciles, que en nuestros dias preocupan la atencion de los poderes, y que más profundamente dividen y agitan las opiniones de los filósofos y de los economistas. Comprenderéis que no es mi intento, ni cabe en los límites de mi trabajo, tratarla en la inmensa extension de sus proporciones, ni en la asombrosa variedad de sus datos; pero tampoco, despues de lo que he dicho, cabe en mí rehuirla, y no dejar asentado acerca de la manera de considerarla, un principio, que deje á salvo nuestra conciencia y nuestra doctrina.

Sí, Señores; yo creo, yo sé, yo reconozco que la libertad del trabajo y la concurrencia tienen inconvenientes y peligros: no me detendré en señalarlos. Sin salir de nuestro siglo, los anales de la historia contemporánea están llenos de la relacion de sus desastres; y en las campañas de los ejércitos industriales y trabajadores, hasta la poesía ha cantado las dolorosas lamentaciones de los heridos y el numeroso martirologio de las víctimas. No seré yo, Señores, quien cierre los oídos para no escuchar estos tristes acentos; ni están —loado sea Dios! — endurecidas mis entrañas á la compasion, que inspiran los sufrimientos acerbos de las clases menesterosas.

Muy al revés, Señores: hay en la aparente dureza de mis palabras, y en el rigorismo, á veces misantrópico de mis doctrinas, una simpatía vivísima y profunda hácia las condiciones desatendidas, hácia las muchedumbres necesitadas. Muy al revés, Señores; yo siempre he creído ver en los apóstoles más ardientes y sinceros de las doctrinas de represion, de organizacion, de comunidad, de grémio, ó de monopolio, de trabajo organizado, de produccion reglamentada, de consumo obligatorio, la proclama-

cion de principios y de medios, que vendrían en último resultado á extender el privilegio de los privilegiados, y á hacer más intensa la miseria de los ménos favorecidos de la fortuna.

Por eso, al reconocer la verdad de algunos hechos, y la posibilidad desastrosa de los fenómenos, que ha producido la libertad bajo su forma de concurrencia, séame permitido, sin embargo, exponer dos dudas, que me asaltan siempre que se ponen delante de mis ojos esas dolorosas tablas mortuorias de la produccion libre. En primer lugar, Señores, no siendo todavía un hecho general, ni particular, de ningun país del mundo, la absoluta libertad del trabajo y la concurrencia ilimitada de la produccion, tengo derecho á dudar si todas esas desgracias, que se cargan en cuenta á la libertad, son un producto natural é imprescindible de la libertad misma; ó si, en gran parte, son efecto de la lucha de los dos sistemas coexistentes á un mismo tiempo y en un mismo lugar; á saber, el resultado de la perturbacion monstruosa, que produce en las condiciones de un trabajo aparentemente libre, la coexistencia paralela de una produccion privilegiada.

En segundo lugar, Señores, dada la condicion,—sin la cual no puede haber en estas materias certidumbre;—dada la condicion de una libertad general, y de una concurrencia universalmente desembarazada, yo me atrevo á preguntar,—porque me atrevo á no creerlo,—si hay ejemplo, si hay riesgo, si hay contingencia, si hay posibilidad de que los males de la concurrencia alcancen á la esencia de la sociedad misma; si los adelantos, si las invenciones y los estímulos del espíritu de libertad, considerado como móvil y estímulo del trabajo, han causado alguna vez la ruina, el empobrecimiento, el retroceso ó la

decadencia de una sociedad entera; si ha podido temerse de ellos que comprometan ó afecten profundamente la existencia y el esplendor de una civilizacion; y si todos esos desastres, pérdidas, ruinas y miserias, que se atribuyen al descubrimiento de nuevos métodos, á la introduccion de nuevas máquinas, al amontonamiento de muchos productos, y á la imprevision ó mal cálculo de salidas y desagües para el cambio y venta de la produccion, por grande que haya sido la escala en que se verifiquen, pueden pasar de la esfera de infortunios y desgracias individuales, para llegar á la extension de calamidades públicas.

Estoy seguro, Señores, de que estos fenómenos, detenidamente analizados; de que estos resultados desastrosos serían de menor extension de lo que aparece, y que en un golpe de vista general podrían pasar por insignificantes, comparados con la suma de bienes, que la sociedad entera reporta de los adelantos mismos, producidos por aquellos cataclismos y perturbaciones.

—“Pero, y si así fuera,—se me dirá,—¿no los tendríais en cuenta para nada? Y despues de haberos mostrado escéptico en economía, antiutilitario en política, y muy poco positivo y materialista en moral y administracion, volveis á incurrir,—al cabo de vuestros discursos y filosóficas aspiraciones,—en las mismas añejas vulgaridades, que poco há combatíais, y pasais de repente á hacer la apoteosis de la anarquía y desconcierto de la produccion, del caos y de la guerra de la concurrencia; atento sólo al bienestar de la sociedad, á esa riqueza, que poco há colocábais en segundo término; sumando y restando—como cualquier vulgar economista, como cualquier empedernido *malthusiano*,—las lágrimas de los tra-

bajadores sin pan, las gotas de sudor de las pobres víctimas de un trabajo sin recompensa. ¿Son libres esos desventurados? ¿Son las consecuencias de la libertad esos infortunios? ¿Son las conquistas de la libertad esas espantosas saturnales de la miseria?

Esto me decís, sin duda; pero escuchad:—¿Os dije yo por ventura, ni en ésta ni en otra alguna de mis lecciones, que la libertad era el bien supremo; que la libertad era el goce de todos los bienes, y el maná de todos aquellos deséos y necesidades del desierto de la vida, como os la pintaron y prometieron un tiempo, y os la prometen y retratan todavía los falsos profetas de algunas religiones políticas? ¿Os dije yo, por ventura, otra cosa, sinó que la libertad se os había presentado bajo un aspecto falso, cuando se os había hecho ver en ella el supremo bien y la beatificación terrenal del individuo? ¿Os dije yo otra cosa, sinó que la libertad individual del hombre era la más penosa de sus obligaciones, la más costosa de sus conquistas, la más seria, la más árdua, la más arriesgada de sus obligaciones, y la más temeraria de sus responsabilidades? ¿Os dije yo, por último, que la libertad humana, en todas y en cada una de sus importantes manifestaciones, se explicaba, ni se comprendía, por la condición, por la naturaleza, por el destino, por el interés del individuo?—Ciertamente que no, Señores, y que, si de algo podeis culparme, es de ser inflexiblemente rígido en mis consecuencias.

El resultado adonde ahora os conduzco, hartos os lo había anunciado de antemano; y cualesquiera que sean los resultados que despues vengan á contrarrestar la dureza de nuestras consecuencias, por ahora no me cumple desengañaros de que la libertad tiene peligros, de que la con-

currencia tiene desgracias, de que la concurrencia y la libertad conducen todos los días á resultados tristes y lamentables para el individuo no más; para la sociedad en general y para la civilización, en ninguna manera. Peligros y calamidades y riesgos de miseria y de infortunio para el individuo, y no para la sociedad,—os repito,—no con ánimo de endurecer vuestras entrañas á la contemplación de esas lástimas, ni para apartar vuestra inteligencia de buscar remedio á estos males; sinó para haceros conocer y palpar cómo la libertad individual es un principio social; cómo la libertad del trabajo es un elemento necesario de progreso, de perfectibilidad, de civilización para la sociedad; mientras que para el individuo es á veces una carga harto pesada, y una obligación sobradamente penosa.

Os he querido hacer comprender cómo en las victorias, que va ganando siempre el ejército de la humanidad en la conquista de la naturaleza, el estímulo y la iniciativa individual, que es el valor y la intrepidez de esta lucha, puede, como el heroísmo del combate, dejar tendidos muchos soldados en la peléa. Y en fin, os he querido conducir á que mediteis y contempleis por vosotros mismos, de qué manera el socialismo, queriendo prevenir los males de la concurrencia, invierte naturalmente su representación y su papel, haciéndose individualista, en nombre de la sociedad, para combatir desgracias y miserias, que sólo afectan intensamente al individuo; en esa guerra encarnizada, á que ha querido compararse la concurrencia libre, no era á la hueste, no era á los caudillos, á quienes cumplía reprimir el ardor: era á los combatientes. El individuo podía hacerlo: el interés limitado de los individuos puede buscar un refugio contra las eventualidades

de la libertad; el individualismo puede llegar hasta la garantía de la organización. Vaya en buen hora, Señores; pero en el extremo de ese camino en que huye los riesgos y martirios de la libertad, seguros estamos de que se ha de encontrar con las mazmorras y las cadenas de la servidumbre.

¡Y qué, Señores! ¡No hay más que esta triste alternativa? ¡No hay más albergues para la humanidad, que la orfandad ó la esclavitud; la inclemencia del campamento, ó el horror de la prision? Nosotros no lo creemos; no podemos de ninguna manera abandonarnos al fatalismo desesperado á que nos arrastraría esta creencia desconsoladora.

Creemos, sí, que este problema, no lo ha de resolver la filosofía de los sábios con utopías de un día, ni la administración de los Gobiernos, con sus instituciones contradictorias, y fundadas en principios puramente materialistas, y en estadísticas y cálculos de productos y de intereses. Creemos que el problema han de resolverlo la humanidad y la civilización, apoyadas en principios morales y en sentimientos ménos materialistas. La insuficiencia, que ofrecen los cálculos del interés positivo para la felicidad y adelanto del género humano, ya hemos dicho, tratando de la propiedad, que nos conducen á buscarla por otro camino que por el de esa riqueza indefinida, por el de esa opulencia universal, á cuya realización encontramos obstáculos por todas partes, y bajo toda forma de organizaciones.

En la condición de la esclavitud encontramos á la sociedad pobre y al individuo degradado; en el campo de la libertad y de la concurrencia, vemos á la sociedad adelantada y floreciente; al individuo, rodeado de riesgos y

de peligros, víctima muchas veces de esa misma concurrencia, de esa misma iniciativa, que reconocemos necesaria para el adelanto social. No tenemos, Señores, todavía motivo alguno para dejar de creer que esta triste alternativa, y que esta condición no sea una ley fatal del destino de la humanidad.

Tememos mucho entregarnos á esperanzas engañosas, á quiméricas ilusiones, que se nos presentan como contradictorias á la historia de la humanidad, y á la organización física y moral del hombre. Donde quiera que le examinemos, encontramos que su destino sobre la tierra está muy léjos de ser la perfección y la bienaventuranza.

Ora le contemplemos en la región de su desarrollo intelectual, ora en el dominio de sus sentimientos morales, ora en el ejercicio de su actividad física, siempre vemos que la ley del mundo no es el placer, no es la verdad, no es la riqueza. Esos son estímulos y móviles, pero no son destinos. La ley y la condición del mundo es la lucha, es el combate, es la fatiga; y para ella el obstáculo eterno, la necesidad renaciendo siempre, el deseo, siempre estimulado; la curiosidad, siempre despierta; la incertidumbre, siempre vigilante; la pobreza, siempre buscando trabajo; la ignorancia, siempre escudriñando la verdad; el estómago, pidiendo todos los días alimento; el corazón, variando en todas las edades sus necesidades de amor; la muerte, en fin, solicitando todos los días la reproducción de la vida.

Y entretanto, para que un sér quede vivo, es preciso que otros ciento se destruyan; para que la sabiduría humana se aumente con una verdad, es menester que pululen enjambres de errores; para un adelanto útil, es necesario que aborten miles de ensayos quiméricos; para

que haya un Homero, un Virgilio, un Tasso, un Cervantes y un Shakespeare, es preciso que se cuenten por toneladas las producciones de la medianía. Para que haya un héroe en los altares, es menester que haya cien criminales en el patíbulo; para que haya un rico en la opulencia, es necesario que combatan, y lloren, y suden, y trabajen millares de criaturas en la pobreza y en la esperanza.

Vuelvo á decirlo, Señores. ¿Podrá el hombre variar esa ley? ¿Podrá la sociedad conseguir el que la verdad sea su patrimonio, la belleza su adorno, la virtud su culto, la grandeza su carácter, el bienestar su condicion? Todavía seguiremos esta investigacion. Entretanto, me atrevo á creer que sí; que la sociedad puede tener esperanza de alcanzar la posesion de todo esto.

La sociedad, sí, Señores; pero no me lisonjéa la idea de que dejen de ser nunca el error, el crimen, el egoismo, la desgracia y la miseria, condicion ordinaria y posibilidad natural del individuo.

LECCION UNDÉCIMA.

DEL TRABAJO CONSIDERADO EN LA SOCIEDAD,
Y DE SU CONCURRENCIA Á LA FORMACION DEL CAPITAL.

I.

Dice, Señores, un Poeta aleman, que de todas las astucias y habilidades, que se han atribuido al Diablo para influir de una manera perniciosa en la suerte de los hombres, no tiene verdaderamente el Espíritu malo más que una, con la cual le basta y le sobra para la perdicion de la humanidad; y que ésta única é infernal astucia, éste medio é instrumento de todo mal, consiste simplemente en separar de la luz el calor.

¿Quiere hacer de un hombre un malvado? Ilumina con vivísima luz sus ojos y su entendimiento, y le deja helado el corazon, y ateridas las entrañas. ¿Quiere que haya mónstruos de crimen y de pasion, muchedumbres enfurecidas, revoluciones absurdas, guerras impías, y que corra la sangre á torrentes sobre la tierra devastada? Derrama torrentes de fuego en el corazon del hombre, y deja enteramente á oscuras su razon, en profundísimas tinieblas sus ojos, sin guía, sin fanal, sin direccion sus pasos. Luz fria y tinieblas ardientes, hé aquí el origen del mal, la fuente del *error* para el género humano, en el singular lenguaje del poeta austriaco.